

JOÃO RICARDO W. DORNELLES

*Globalización, derechos humanos y violencia
en la modernidad actual**

Las transformaciones que marcaron a las sociedades contemporáneas, a partir de los años 80 del siglo pasado, tuvieron como consecuencia profundas transformaciones referidas a todas las dimensiones de la existencia. El proceso de reestructuración económica trajo graves consecuencias con la flexibilización de la soberanía de los Estados nacionales, la apertura de los mercados, la elevadísima concentración de capital, la intensa utilización de nuevas tecnologías, con el menoscabo de los derechos económicos, sociales y culturales, las precarias relaciones de trabajo, la marginalización y el aumento de la exclusión social, la disolución de la identidad personal, y con la mercantilización y financierización de la vida. El modelo social establecido utiliza nuevos mecanismos de control social y de mantenimiento del orden neoliberal, dando como resultado un modelo desintegrador que provoca inseguridad y miedo.

Se trata, por lo tanto, de un modelo de desarrollo internacionalizado donde no hay lugar para todos, y que busca su fundamentación ideológica en el ideario neoliberal.

La ofensiva neoliberal organiza un modelo que impone una reingeniería social condicionada por un ajuste estructural basado en políticas de austeridad en relación con los gastos públicos sociales¹. Por su naturaleza excluyente a gran escala es un modelo que produce violencia.

El proceso de la ofensiva neoliberal nos obliga a tratar de forma más cuidadosa el fenómeno de la violencia. La violencia contemporánea se renueva tanto en su subjetividad, o sea, en el campo de las representaciones, como en sus realidades históricas. Presenta una dimensión subjetiva y otra objetiva. Puede ser analizada como representación, como la subjetividad de grupos o de toda la sociedad, o puede ser tomada como una realidad objetiva al verificarse que existe una carencia de actores y de mediadores de los sistemas de relaciones.

De acuerdo con el sociólogo francés MICHEL WIEVIORKA² “la violencia no es la misma de un período a otro”, siendo importante ver los cambios y entender sus significados a partir de los años 60 del siglo XX.

Hasta el final de los años 70 del siglo pasado muchos autores, en el campo de la izquierda, afirmaban la existencia de una violencia justa a través de la

* Este artículo fue presentado inicialmente, en una versión resumida, para su publicación en la revista de la Universidad Regional del Noroeste del Estado de Rio Grande do Sul, Brasil. Esta es la versión completa.

1 Las primeras señales de desarrollo de la ideología neoliberal que se diferencian del liberalismo clásico parten del pensamiento del economista y filósofo austríaco FRIEDRICH HAYEK. *Camino de servidumbre*, 1944, para confrontar las propuestas del Partido Socialista de Gran Bretaña en las elecciones de 1945, como también con KARL POPPER que en 1945 publicó la obra *La sociedad abierta y sus enemigos*.

2 MICHEL WIEVIORKA. “O novo paradigma da violência”, *Tempo Social*, Revista de Sociologia de la Universidad de São Paulo, vol. 9, n. 1, 1997.

violencia revolucionaria transformadora de la realidad social, o como forma de resistencia a la opresión. Hoy, entretanto, la violencia dejó de tener legitimidad en el espacio público de las sociedades occidentales.

Cabe recordar que la violencia nunca fue una realidad tan vigente como en las sociedades contemporáneas. Se convirtió en un concepto central para el entendimiento de las relaciones sociopolíticas, de la vida social y cultural, y de las relaciones internacionales. La violencia pasó a ser una realidad que se generalizó sin los límites conocidos anteriormente. Violencia que se expresa de diferentes formas, que se expande por diferentes espacios de la sociedad, muchas veces sin causa aparente. Violencia que aparece en los medios de comunicación social, en los espacios públicos y privados, en los barrios periféricos de las grandes ciudades, en los campos, en las instituciones escolares, en los transportes. Violencia que crea un ambiente de miedo e inseguridad, en el cual sus diferentes expresiones se encuentran en los distintos espacios sociales. Estamos hablando, por lo tanto, de un proceso de banalización de la violencia que posibilita el fortalecimiento de una cultura de la violencia³.

Hasta mediados de los años 70 del siglo XX la violencia seguía códigos de conducta esperados, vislumbrando alcanzar fines determinados, creando un nexo entre la acción violenta y la realización de objetivos que les darían un grado de legitimidad. Así fueron las prácticas de liberación nacional, de luchas contra regímenes dictatoriales, las prácticas de violencia en contra de las condiciones de opresión y explotación. La violencia contemporánea de la era pos-moderna revela una falta de conexión precisa entre la acción y la realización de objetivos considerados legítimos. La cultura de la violencia y su banalización crean un ambiente en el que ésta aparece como un fin en sí misma, como un valor en sí misma, dejando de ser muchas veces un instrumento para alcanzar un determinado objetivo, expresándose apenas como una práctica de violencia sin motivación aparente, en ocasiones de forma lúdica.

Al contrario de la violencia de los años 60-70 del siglo pasado, con objetivos políticos determinados, en la actualidad hay una tendencia que busca explicar el fenómeno a través de orientaciones privatistas o infrapolíticas (la privatización

3 Cuando hablamos de banalización de la violencia nos estamos refiriendo al concepto de “banalización del mal”, introducido por HANNAH ARENDT en su libro *Eichmann en Jerusalén* a partir de su análisis sobre el totalitarismo, relatando el juicio en Israel de un oficial nazi ADOLF EICHMANN, donde los individuos son considerados desechables, y se pierde el sentido de la capacidad de reflexión crítica sobre el mal. El *mal banalizado* significa exactamente la pérdida de las referencias de convivencia con lo diferente, donde las acciones no son valoradas, donde la razón es oscurecida por impulsos agresivos ocupando todo el espacio social.

de la violencia), y de orientaciones que van más allá de la política, presentando aspectos culturales, religiosos, etc. (violencia metapolítica).

De acuerdo con WIEVIORKA, “en casos extremos, ella (la violencia) parece tornarse autónoma, se convierte en un fin en sí, lúdica, puramente destructora o autodestructora”⁴. Y esto puede revelar la búsqueda de afirmación del sujeto⁵.

La violencia, en cuanto instrumento que trata de alcanzar un objetivo determinado para legitimarse, necesita de conjuntos organizados para su práctica. Por lo tanto la violencia como un fin con valor propio concede formatos y justificaciones sobre su utilidad instrumental, y aparece bajo diferentes formas, o de manera fragmentada, en todos los espacios de la sociedad.

Existe un punto de identidad en el campo del pensamiento sobre el cuadro contemporáneo de crisis. Se considera, en general, que la realidad es cada vez más un espacio sin actores, exclusivamente determinado por una realidad absolutamente objetiva que se expresa a través del mercado: un mundo atraído más por la irracionalidad, por el caos, y por el choque de las identidades y las culturas, que por relaciones negociadas y pactadas que implican algún reconocimiento del *otro* como interlocutor social⁶.

Así, las opiniones son múltiples y divergentes. La violencia pasa a ser identificada como el agotamiento de las civilizaciones, e incluso, como un fenómeno resultante de tensiones interculturales.

La violencia pasó a ser un lenguaje, una expresión para ser utilizada en un ambiente de *caos*, de fragmentación, de ruptura de las referencias existenciales, de flexibilización de todas las dimensiones de la vida, de la modernidad líquida⁷, expresando asimismo la incapacidad de la época actual para ordenar y hacer funcionar los sistemas de actores. La realidad pasa, así, a estar poblada por imágenes de temor a la violencia y a la inseguridad.

Para tratar la violencia en un contexto contemporáneo se deben considerar las transformaciones ocurridas en el campo del sistema internacional, del estado, de los cambios de la sociedad y del individualismo contemporáneo.

4 Ibid., p. 12.

5 La explosión social de las periferias y de las áreas pobres y marginales, como ocurre en París, en los asentamientos en Río, en Nueva Orleans, expresa la exclusión, la discriminación, el no reconocimiento de la ciudadanía, el irrespeto a los derechos humanos. Manifiesta también la construcción de identidades, de visibilidad social y de dignidad.

6 Cfr. NESTOR CANCLINO. *Culturas híbridas*, EDUSP, 1997.

7 Cfr. ZYGMUNT BAUMAN. *O mal-estar da pós-modernidade*, JORGE ZAHAR (ed.); *A Modernidade líquida*, JORGE ZAHAR (ed.); *Amor líquido*. JORGE ZAHAR (ed.).

En el plano de las relaciones internacionales, el fin de la guerra fría trajo cambios significativos en el cuadro de violencia, además de las importantes transformaciones ocurridas debido al proceso de globalización neoliberal. Existe una relación directa entre la transnacionalización de los procesos productivos, su ideología neoliberal y la generalización de la violencia.

Directa o indirectamente, la violencia se alimenta de las desigualdades. Y la desigualdad en una escala global ampliada, y a un ritmo acelerado, producida por la globalización hegemónica neoliberal, expande la exclusión social, la precarización de la vida, a través de la abstención del Estado de la responsabilidad pública social, siendo una condición previa para la generalización y la fragmentación de la violencia.

La violencia se expande a partir de los nuevos procesos económicos que llevan a la exclusión y al aumento de la miseria, como también se desenvuelve en un panorama de fragmentación cultural estimulada por la globalización económica. La globalización económica hegemónica y su correlato cultural de difusión de valores producen patrones existenciales uniformizados, homogeneizando culturalmente todo el mundo⁸.

En un cuadro de ruptura de los modelos, donde existe una realidad de crisis de paradigmas, o de crisis de la civilización, las identidades socio-culturales universales, o *macro-existenciales*, se diluyen, dando lugar a la búsqueda de nuevas identidades, en un mundo dominado por la ideología neoliberal, por una economía globalizada de mercado y por el predominio del individualismo posesivo. Las identidades son reconstruidas en los espacios privados, en los espacios *micro-existenciales* o particulares. De esta forma, existe una correspondencia entre una ideología individualista neoliberal y la reconstrucción de identidades en un espacio micro (pertenencia a un grupo determinado: barrio, aficionado de fútbol, secta religiosa, grupos de comportamiento social, grupos de orientación política, etc.).

Se establecen fracturas sociales y culturales que separan a los países, regiones, grupos humanos, etc. Y aquí aparece la diferenciación, el extrañamiento, el *otro*, el diferente, el alienígena, aquel que pasa a ser objeto de la intolerancia y del no-reconocimiento de su humanidad.

8 BOAVENTURA DE SOUSA SANTOS. "Por uma concepção multicultural dos Direitos Humanos", en *Reconhecer para libertar. Los caminos del cosmopolitismo multicultural*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira 2003, trabaja con la noción de procesos de globalización, donde prevalece un proceso hegemónico expresado por las formas de localismos globalizados y globalismos localizados. Ambos son expresiones de cómo el modelo neoliberal hegemónico organiza la vida contemporánea.

El panorama de la globalización neoliberal, y su ideología, favorece el establecimiento de conceptos que fundamentan la desigualdad con base en la diferencia entre los seres humanos, no identificando al *otro*, el diferente, como un igual, como un humano.

Estos cambios posibilitaron el surgimiento de diferentes tipos de violencia.

La fragmentación social y cultural alimentada por la globalización hegemónica aparece como un proceso natural, acarreando un malestar que se expresa por diferentes tipos de violencia: del racismo a la xenofobia. De esta manera, el proceso de globalización económica y su relación con la fragmentación cultural y social contribuyen con la globalización de la violencia, con sus diversas formas fragmentarias.

En cuanto al Estado nacional, debemos considerar su presencia en cualquier análisis sobre la violencia. Podemos partir de la definición de MAX WEBER que afirma la existencia de una relación directa entre el Estado y la violencia física. Es así como la tradición liberal determina la existencia del *monopolio de la violencia física legítima* por el Estado, el *ius puniendi*, como única fuente legítima del ejercicio de la violencia.

La mundialización hace que ellos (los Estados) constituyan menos fácilmente que antes su cuadro territorial, administrativo y político de la vida económica, puesto que los flujos, las decisiones, los mercados, la circulación de los hombres, los capitales, la información, se realiza a escala mundial, y además en parte, “bajo formas ilegales que permiten hablar de una globalización del crimen organizado, principalmente en lo que concierne a las drogas”. Cada vez menos capaz de controlar la economía, el Estado parece, en numerosas situaciones, obligado a retroceder frente a las actividades informales, al mercado negro y al trabajo clandestino; el recaudo de recursos fiscales se torna difícil de exigir o justificar, es aleatorio, y “al mismo tiempo que la economía se privatiza, la violencia se privatiza” como medio de saquear al Estado o de atribuirse los recursos que él debería controlar⁹.

El Estado también puede, a través de sus agentes, practicar o encubrir una violencia ilegítima, contradictoria con un discurso de fundamentación de una sociedad democrática, donde se practica la tortura o el ejercicio de acciones arbitrarias por parte de la autoridad pública.

Debemos también considerar la privatización del uso de la fuerza, a través de la industria de la seguridad privada, que delega la responsabilidad del Estado a sectores privados de la economía. De esta manera, en un cuadro neoliberal, el monopolio legítimo del uso de la violencia física se atomiza.

9 Ibid., pp. 17 y 18.

La fragmentación cultural también torna más frágil la concepción del Estado-nación, pues vivimos en sociedades complejas, diversificadas, plurales, donde no existe una identidad única, homogénea, mas sí existe una afirmación continua de diferentes identidades que exigen un reconocimiento en el espacio público.

La concepción contemporánea de la violencia se relaciona con el declive-superación del Estado-nación. Aunque aún se pueda hablar del Estado como causa, fuente o justificación de la violencia, existe una tendencia de que la violencia contemporánea surge o se desenvuelve en medio de carencias o ausencia del Estado.

Más allá de las relaciones internacionales y del Estado, la dimensión *societal* también es uno de los orígenes causantes de la violencia contemporánea.

Durante las décadas del 50 y 60 del siglo xx, marcadas por el evolucionismo con base en la noción de desarrollo y democracia, se preveía que la violencia en las sociedades industriales más avanzadas retrocedería con el avance del progreso económico.

Tanto el desarrollo como la democracia son conceptos abstractos, cuyos contenidos deben ser definidos políticamente. Así, un determinado tipo de desarrollo o determinadas prácticas democráticas no significan necesariamente el retroceso de la violencia.

En verdad, se trata de un pensamiento tradicional, evolucionista, que identifica el desarrollo con el plano económico (crecimiento económico) y la democratización con el plano político-institucional (las prácticas de una formalidad democrática). Esto nos remite a las siguientes preguntas: ¿qué es modernización?, ¿qué es desarrollo?, ¿qué es democracia?

Dentro de una concepción evolucionista, fundada en el positivismo, donde las ciencias sociales desempeñan un papel importante entre los mecanismos de control social, la modernización de la sociedad sería el resultado de la democratización en el plano político y del desarrollo en el plano económico. Se está hablando, sin duda, del modelo del Estado liberal y del desarrollo de la economía urbano-industrial capitalista. Esta formulación no explica lo que es desarrollo al articularlo apenas con el aspecto económico de la sociedad. Como tampoco explica lo que es democracia, restringiendo su concepto al régimen político y a la formalidad institucional. De esta manera el recrudecimiento de la violencia se daría en proporción al aumento de la modernización, y por tanto, de la democratización política y del progreso económico. Se trata en verdad de un modelo de modernización capitalista, de una sociedad burguesa y de una forma política basada en la democracia representativa liberal. Entre tanto, existen otros modelos de desarrollo, u otras maneras de entender la modernización, donde el

concepto de desarrollo tiene un significado más amplio que el de crecimiento económico (de naturaleza capitalista) y la democracia es entendida no sólo como un formato para el juego político-institucional, sino que se expresa como una cultura que se expande por todo el tejido social.

La modernización económica y política no tiene como consecuencia la disminución de la violencia. Brasil es un (mal) ejemplo, en el que la modernización conservadora, con clara expansión después el golpe militar de 1964, no significó el retroceso de la violencia. Al contrario, podemos afirmar que las raíces de la violencia en Brasil están directamente relacionadas con su modernización. Nuevas y diferentes formas de violencia aparecieron, otras se agudizaron, en los espacios urbanos y en el campo: violencia del Estado, violencia criminal, etc. Por otro lado, el proceso de democratización de la sociedad brasileña, a partir de los años 80 del siglo pasado, no significó el fin o la disminución de la violencia. En muchos aspectos Brasil se tornó una sociedad más violenta, más injusta, más desigual, más excluyente¹⁰.

A partir de 1980, en Brasil, algunas formas de violencia pueden haber disminuido, como las persecuciones y violaciones de los derechos humanos por motivos políticos. Sin embargo, otras violaciones aumentaron, como las de los derechos sociales, las ejecuciones, las violencias físicas de los agentes del Estado contra poblaciones marginalizadas o en situación precaria, en el campo y en la ciudad. Lo mismo ocurrió con la violencia del mercado libre, sin regulación, en la era neoliberal.

No es posible afirmar que la democratización formal de la sociedad brasileña y su progreso económico y tecnológico llevan al fin de la violencia. Las sociedades contemporáneas, consideradas más avanzadas, pueden combinar una determinada forma de modernización con diferentes formas de violencia¹¹.

Tampoco Estados Unidos, que sirve de referencia para las teorías evolucionistas, puede servir de ejemplo. El desarrollo económico y la estabilidad de la institucionalidad democrática, en una sociedad liberal, no aseguran la disminución de las diferentes formas de violencia. Los acontecimientos recientes en la ciudad de Nueva Orleans, después del pasaje del huracán Katrina, revelaron

10 Sobre la cuestión democrática cfr., CLAUDE LEFORT. *La invenção democrática: os limites do totalitarismo*, São Paulo, Edit. Brasiliense; íd. *Pensando o político: ensaios sobre democracia, revolução e liberdade*, Paz e Terra; sobre la cuestión del desarrollo cfr. CRISTOVAM BUARQUE. *O colapso da modernidade brasileira: e uma proposta alternativa*, Paz e Terra; íd. *A revolução nas prioridades: da modernidade técnica a modernidade ética*, Paz e Terra.

11 Cuando se trabaja en un panorama de modernización conservadora, donde coexisten diferentes relaciones sociales, relaciones modernas, típicamente capitalistas y relaciones arcaicas, típicamente pre-capitalistas, se trata de las condiciones de *desarrollo desigual y combinado*.

una sociedad desigual, violenta y socialmente injusta. Para muchas corrientes críticas del modelo hegemónico, la sociedad capitalista liberal de masas favorece una serie de violencias sociales, formas de exclusión, intolerancia racial, etc.

En el cuadro neoliberal, los cambios en el modelo industrial clásico y el desarrollo tecnológico coexisten con el desempleo y la precarización de las relaciones de trabajo, dando lugar a la exclusión social.

Una de las cuestiones que se relacionan con la expansión vertiginosa de la exclusión de la era global neoliberal es el aumento del malestar, del miedo, del sufrimiento humano, de la incertidumbre, de la inseguridad y de la falta de perspectivas para un número cada vez mayor de personas en las sociedades contemporáneas¹²⁻¹³.

El aumento de la productividad y de la producción agrícola con el uso de nuevas tecnologías no necesariamente elimina la violencia en el campo, o las migraciones rurales, o el hambre misma. Por el contrario, el modelo existente ha sido el causante del aumento de la violencia tanto en el campo como en la ciudad.

No se debe establecer una relación directa y mecánica entre el agotamiento de las relaciones sociales características de la industria clásica y la violencia social o política en las sociedades contemporáneas. Pero es a partir de esta nueva realidad que se debe buscar entender las características de la violencia actual con su complejidad y mediaciones. Así, no existe una relación automática e inmediata de la violencia contemporánea en los centros urbanos con una movilidad social menor o con la crisis. Si las rebeliones en barrios periféricos o áreas pobres en las ciudades europeas, norteamericanas y latinoamericanas tienen como fondo un escenario de inaccesibilidad al mercado, carencias so-

12 La psicoanalista MARISA SCHARGEL MAIA. *Extremos da Alma. Dor e trauma na actualidade e clínica psicanalítica*, Rio de Janeiro, Garamond, 2003, trabaja con la noción de que la era contemporánea posmoderna creó condiciones de sufrimiento continuo que son traumáticas para los seres humanos.

13 Los periodistas alemanes HANS-PETER MARTIN y HARALD SCHUMANN. *A armadilha da globalização: o assalto à democracia e ao bem-estar social*, Rio de Janeiro, Edit. Globo, elaboraron un relato informativo del mundo de la globalización neoliberal, describiendo, entre otras cosas, una reunión a puerta cerrada con 500 representantes de la elite mundial donde se debatieron las perspectivas del mundo para el siglo XXI. Para el funcionamiento de la economía mundial globalizada neoliberal bastará el 20% de la fuerza de trabajo. Así, el 80% de la población mundial quedará fuera del modelo, excluidos de los beneficios del progreso material, excluidos de los avances tecnológicos, viviendo en una situación de carencia absoluta o de precariedad existencial. Otra obra del autor MICHEL CHOSSUDOVSKY. *A globalização da pobreza: impactos das reformas do FMI e do Banco Mundial*, Edit. Moderna, hace también un relato bien cuidadoso de las condiciones de exclusión de personas, clases sociales y pueblos en el proceso ampliado de globalización neoliberal. El tema de la *descartabilidad* humana también es tratado en diversos libros de ZYGMUNT BAUMANN, principalmente en *Globalização: conseqüências humanas e vidas desperdiçadas*, JORGE ZAHAR (ed.).

ciales y poco acceso a los derechos de la ciudadanía, tienen como motivación inmediata las arbitrariedades policiales, la falta de acceso a la justicia y las cuestiones culturales. Lo que prevalece en una primera instancia es la frustración, las expectativas insatisfechas, un odio por la discriminación cultural y racial. La pobreza y el desempleo, incluso cuando se traducen en un descenso social, no se transforman inmediatamente en violencia social contestataria del modelo de desarrollo, pero provocan frustraciones explosivas que se pueden expresar en nacionalismo xenófobo y racista.

Finalmente, el individualismo, tendencia predominante en las sociedades contemporáneas neoliberales, presenta caras que se complementan: por un lado el *ethos* privatista de una sociedad capitalista, en el cual el individuo anhela apropiarse de los bienes materiales de una sociedad de consumidores¹⁴; por otro, la dimensión del individuo como sujeto, con capacidad de autodeterminación de su destino.

Las diferentes caras del individualismo tienen una intensa relación con la violencia. Muchas prácticas de violencia son motivadas por el objetivo de alcanzar ganancias económicas a través de medios ilegítimos, para alcanzar las metas culturales definidas para el conjunto de la sociedad: riqueza, éxito personal, prestigio en los medios sociales con poder.

El individualismo exacerbado de una sociedad burguesa crea una serie de expectativas de reconocimiento social que se alcanzan con posiciones sociales basadas en la apropiación de bienes materiales que se constituyen en símbolos de poder. La incapacidad de que todos alcancen tales objetivos materiales, impuestos por una economía de mercado, marcada por la cultura de consumo, crea frustraciones y un sentimiento de injusticia que resulta en violencia. La violencia puede, entonces, asumir una forma relacionada con el deseo frustrado, como resultado de la ruptura de las expectativas existenciales. El resultado es el inconformismo o el rechazo a seguir una existencia que niega las expectativas de acceso a los bienes prometidos por la modernidad. Aquí la intolerancia racista aparece de forma intensa.

Lo que permite la existencia de un nuevo paradigma de la violencia es la certeza de que hoy debe ser comprendida al mismo tiempo como globalizada y localizada. O sea, la violencia contemporánea presenta esta doble característica, global y local, general y molecular, *mundializada* y fragmentada.

Podemos percibir que en una realidad al mismo tiempo global y fragmentada las diversas modalidades de violencia se articulan. Es grande la probabilidad de

14 Cfr. Z. BAUMANN. *Globalização: Conseqüências humanas*, Rio de Janeiro, JORGE ZAHAR (ed.).

violencias localizadas que se multiplican por todas partes. Además, los espacios originales de violencia se desarticulan con gran intensidad, transitan de un espacio a otro vinculando lo local y lo global. Un ejemplo sería la violencia en países de tradición islámica exportada para Europa Occidental, o la violencia originada por la persecución a los curdos que se torna un problema interno en Alemania por tener un razonable contingente poblacional de origen turco¹⁵.

Existen tres divisiones diferentes y complementarias para tratar la violencia contemporánea: política (geopolítica), económica y cultural. Si la violencia era entendida como resultado de estas divisiones o fragmentaciones, el cuadro de crisis de la modernidad y de la globalización neoliberal la reubica con un nuevo sentido. Un sentido, como vimos anteriormente, más disforme, donde se articula la fragmentación con lo general, lo local y lo global, su carácter molecular y su carácter expansivo sin formato definido. Actualmente no se puede diferenciar la violencia de centro o de periferia. Incluso porque puede haber semejanzas entre las violencias de los jóvenes de barrios populares de periferia de las ciudades norteamericanas, de París (como en los acontecimientos del final de 2005), de Río de Janeiro, São Paulo, Buenos Aires, o las de los jóvenes de los movimientos fundamentalistas islámicos.

Por otro lado, el sociólogo WIEVIORKA recuerda que no podemos incurrir en el error de crear referencias ultimadas, o explicaciones lineales y mecánicas para explicar el fenómeno. Recuerda también que el proceso de *mundialización* económica no ejerce efectos uniformes: acentúa apenas tendencias que posibilitan la internacionalización de los mercados y del consumo de masas, incluyendo los productos televisivos, que también potencializan la fragmentación cultural.

Existe un rompimiento de los referentes modernos, una fragmentación de los espacios políticos, de la esfera pública. Se redefine lo público y los diferentes espacios de la existencia. La realidad es *deconstruida*, rediseñada con innumerables nuevas referencias.

Si la modernidad puede ser definida a partir de una totalidad compuesta de razón y cultura, su crisis –y el surgimiento de las concepciones pos-modernas– puede significar la disociación absoluta de este dualismo razón–cultura.

De esta manera, la *deconstrucción* de lo real, que incluye una fragmentación del espacio público, llevaría a una carencia de lo político en las sociedades contemporáneas, tanto en los espacios locales como en los internacionales. Y esto impulsa la privatización de la violencia.

15 Cfr. MICHEL WIEVIORKA. *O novo paradigma da violência*, São Paulo, Tempo Social, *Revista de Sociologia da USP*, vol. 9, n.º 1, 1997, p. 28

La privatización creciente de la economía, donde estaba más controlada por el Estado, donde lo sería en situaciones más tradicionales, se constituye en un revivir masivo de la privatización de la violencia, cuyo carácter político se acentúa o se diluye¹⁶.

En diversas situaciones, al contrario de la violencia política de los años 60-70, en que se afirmaba el poder del Estado, a partir de los años 80 del siglo xx y comienzos del XXI, la violencia busca mantener al Estado alejado para posibilitar sus actividades económicas, legales o ilegales. Si el modelo neoliberal aparta al Estado de las actividades económicas en general, la violencia muchas veces es el instrumento utilizado para dejar realmente por fuera al Estado, facilitando el ejercicio de las actividades económicas ilegales, el tráfico de drogas, de niños, de mujeres, de órganos humanos, de animales, el contrabando de armas, el lavado de capital a través del mercado financiero, etc.

Por otro lado, el neoliberalismo necesita del Estado para implementar un amplio proceso de criminalización, fortalecer las actividades de represión y contención de las poblaciones excluidas y cada vez más marginalizadas.

La privatización de la violencia acompaña la lógica del mercado, pasa a tener fines de acumulación de capital. Los secuestros, por ejemplo, que tuvieron en el pasado fines políticos, o los asaltos al banco, con los mismos objetivos, u otros actos de violencia estrictamente políticos, tienen un nuevo contenido, son ahora ejecutados en un panorama que diluye lo político, se refieren a fines “poco nobles” ligados a una lógica de acumulación de una economía capitalista.

La privatización de la violencia significa la disolución de lo político, de lo público, donde se abandona el significado eminentemente público-político y se asume el significado privado.

La violencia privatizada y vinculada a la lógica de la acumulación capitalista no es un medio de afirmación y emancipación de los pobres y excluidos. Se deja de lado el contenido ideológico de la acción violenta y se asume únicamente su naturaleza de acumulación económica. Así, los territorios pasan a ser disputados como mercados, como áreas económicas para el desarrollo de actividades privadas lucrativas, punto culminante para el *jogo do bicho*¹⁷, territorios de los *carteles* del narcotráfico, de distribución de drogas, etc. Existe, por lo tanto, una lucha por el espacio territorial y la expansión de la acumulación económica.

El que prevalece es un *ethos* capitalista, privatista, con base en un individualismo exacerbado, como característica central de una economía de mercado.

16 *Ibid.*, p. 30.

17 En Brasil es considerado un juego de azar ilegal donde aparecen animales (n. del trad.)

Por estas razones, la violencia económica privatizada se desarrolla en las áreas más dinámicas, con mayor desarrollo económico.

La violencia infrapolítica también aparece junto con el racismo y la xenofobia cuando se crea un ambiente propicio para conductas violentas fragmentarias, sin un vínculo directo con una acción política.

El carácter infrapolítico de la violencia está unido a la pérdida de las características estrictamente políticas del fenómeno en favor de una privatización ligada al deseo de acumular riquezas, expandir territorios, etc. En otras situaciones el carácter infrapolítico de la violencia se expresa en la incapacidad o duda de los sujetos para fijarse en el nivel político o público —o en sus márgenes— permaneciendo su actuación en el campo privado. En otros casos, la violencia infrapolítica se constituye en una forma pre-política que se puede politizar.

Lo que se comprueba es que el contexto contemporáneo de rápidas transformaciones, de crisis del papel del Estado Nacional, etc., favorece la privatización de la violencia, pero, por otro lado, puede llevar a la politización, tanto de izquierda como de derecha. De esta forma, los conflictos étnicos, raciales y religiosos pueden traer consigo el potencial de convertirse en conflictos políticos.

Sin embargo, generalmente la violencia infrapolítica actual no se caracteriza por ser una fase primaria que prepara el surgimiento de conflictos sociales y políticos, pero sí es el resultado directo del debilitamiento del Estado Nacional y del espacio público en detrimento de las acciones particulares y del espacio privado, más allá de las prácticas del crimen organizado empresarial, y también de la violencia criminal banalizada y diluida en la sociedad.

El crimen organizado está muchas veces unido, entre la población, a opiniones muy negativas sobre el Estado, la justicia, la policía; pero difícilmente puede ser interpretado como la expresión de revueltas en busca de sí mismas, a la expectativa, por ejemplo de una caracterización ideológico-política ofrecida por el socialismo y por el comunismo en el pasado. Es verdad que algunos traficantes son vistos a nivel local, sobretudo en zonas de producción de drogas, como benefactores que proporcionan recursos, rentabilidad, y en algunos casos, garantías mínimas, por ejemplo, en materia de salud; que muchas veces los criminales son objeto de un juicio más positivo por parte de la población de los lugares donde surgen que el Estado, las instituciones y sus representantes. Pero es difícil aplicar a los actores del crimen organizado el papel pre-político de anunciadores de una figura comparable a la del bandido social, tal cual fue analizado por ERIC HOBSBAWN¹⁸.

La violencia infrapolítica no se restringe a la violencia privada, instrumental. También se encuentran en ella las formas de violencia gratuita, lúdicas, ligadas al

¹⁸ *Ibíd.*, p. 32.

riesgo, al placer, al deseo, a *juegos y entretenimiento*, a la aventura; violencias que no tienen un sentido claro, que no buscan claramente un objetivo, pero que se manifiestan como expresión del placer puro, de gozo, con la violencia desenfrenada. Se constituye en la consolidación de una *cultura de la violencia* que puede llevar a una *cultura del exterminio*, a través del gozo con el sufrimiento ajeno, con el no reconocimiento del *otro*, del diferente, como humano. Un proceso de *cosificación*, de deshumanización del otro, que revela el rompimiento de los lazos de una sociabilidad con base en la noción de universalidad, de razón y de individualidad. Por lo tanto, rompiendo con características de la modernidad y de una concepción emancipadora de la razón moderna¹⁹. Y aquí volvemos al tema de la *banalización de la violencia* como metáfora contemporánea del concepto de HANNAH ARENDT de la *banalidad del mal*.

Aunque el contexto de crisis de la modernidad es favorable a las violencias infrapolíticas, muchas veces la violencia va más allá de su dimensión directa o indirectamente política. Existe una violencia metapolítica, que no es apolítica. Es una manifestación donde los problemas políticos están subordinados a otros problemas que se expresan en el campo ideológico a través de cuestiones culturales, religiosas o de comportamiento.

Quando la comunicación internacional difunde en los lugares más alejados las imágenes de felicidad a la moda occidental, cuando el consumo de los bienes materiales y culturales es un espectáculo cotidiano, televisivo, o perceptible en las vitrinas de las tiendas, de verdad inaccesible, cuando el acceso al dinero y a los frutos de la ciencia y del progreso es súbitamente rechazado o perdido, y el sentimiento de una inmensa frustración social se sublima en convicciones religiosas, nacionales o étnicas, entonces es posible que la violencia se apodere del actor, movilizándolo en torno de proyectos políticos en que la identidad se convierte en un recurso, y en que lo político está subordinado a las exigencias de Dios o de la Nación. Las grandes manifestaciones islámicas remiten a esta lógica, fundiendo lo político y lo religioso bajo el dominio del segundo...²⁰.

Las movilizaciones de grupos islámicos, a partir de una frustración por demandas sociales no satisfechas, conducen a una radicalización y al sentimiento de rabia, transformando las demandas en proyecto religioso que sobrepasa los límites sociales y nacionales, llevando al actor a actitudes violentas que van más allá de su sentido político.

19 Sobre la *cosificación* del *otro*, y el gozo con el sufrimiento o con la destrucción de lo diferente, cfr. JURANDIR FREIRE COSTA. *Violência e Psicanálise*, Edit. Graal; cfr. ALAIN FINKIELKRAUT. *Ensaio sobre o século XX: A Humanidade Perdida*, Edit. Ática.

20 *Ibíd.*, p. 33.

En el fondo, esta violencia metapolítica es la expresión de un sentimiento de frustración con las promesas no cumplidas de la modernidad. Comprende tanto a la población musulmana en Oriente Medio, como al ejecutivo occidental que se decepciona con las expectativas existenciales insatisfechas y regresa a una vivencia esotérica, o al habitante de una comunidad de asentamiento en Rio de Janeiro que se adhiere a sectas religiosas evangélicas. Es, por lo tanto, el resultado de una tensión entre las expectativas frustradas del actor y aquello que él vislumbraba como posible, indicando el individualismo que no encuentra medios de realización en un mundo globalizado que rechaza o se torna inaccesible para sus proyectos y deseos individuales.

En fin, el tratamiento de la cuestión es compleja y exige un vistazo interdisciplinario que posibilite dar cuenta de todas las dimensiones que están en juego.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN ZYGMUNT. *O mal-estar da pos-modernidade*, Rio de Janeiro, JORGE ZAHAR (ed.).
- BAUMAN, ZYGMUNT. *Globalização: Conseqüências Humanas*, Rio de Janeiro, JORGE ZAHAR (ed.).
- BAUMAN, ZYGMUNT. *Vidas Desperdiçadas*, Rio de Janeiro, JORGE ZAHAR (ed.).
- BUARQUE, CRISTOVAM. *A desordem do progresso: o fim da era dos economistas e a construção do futuro*, Edit. Paz e Terra.
- BUARQUE, CRISTOVAM. *O colapso da modernidade brasileira e uma proposta alternativa*, Edit. Paz e Terra.
- BUARQUE, CRISTOVAM. *A revolução das prioridades: da modernidade técnica à modernidade ética*, Edit. Paz e Terra.
- CHOSSUDOVSKY, MICHEL. *A Globalização da Pobreza: impactos das reformas do FMI e do Banco Mundial*, São Paulo, Edit. Moderna.
- COSTA, JURANDIR FREIRE. *Violência e Psicanálise*, Edit. Graal.
- DORNELLES, JOAO RICARDO W. *Conflito e Seguranca. Entre Pombos e Falcoes*, Rio de Janeiro, Edit. Lumen Juris, 2002.
- MAIA, MARISA S. *Extremos da Alma*, Rio de Janeiro, Edit. Garamond.